

## NO MÁS BALAS,

Por Elsa Vogel

*«Es agosto de 1944. La ocupación de Francia por los alemanes lleva ya cuatro años, pero ahora hay una gran expectativa porque los aliados han desembarcado en Normandía y se acercan a París. Nací y crecí en París y, tras haber vivido toda la ocupación, ahora tengo casi 19 años y estudio en la Facultad de Medicina. Como todo el mundo, estoy esperando el momento en que nos liberen».*

Había tantos rumores y contra-rumores sobre la llegada de los aliados que estallaron disturbios entre alemanes y líderes de la resistencia en varias calles. Estaba visitando la casa de una amiga cuando oímos, justo debajo de nuestra ventana, un tanque alemán que se detenía, y al final de la calle vimos un tanque estadounidense que acababa de entrar en París. Ajenas a cualquier peligro, nos quedamos mirando, fascinadas, hasta que de repente hubo una explosión. Alguien de nuestro edificio había lanzado una botella al tanque alemán. Cerramos rápidamente todas las persianas y esperamos algún tipo de represalia. No pasó nada, ¡qué alivio!

Sin embargo, nos quedamos en casa durante tres días, sin atrevernos a salir, y llamé por teléfono a mi familia para explicarles por qué no podía volver a casa. Mientras nos escondíamos, vivíamos con una sola papa al día. Entonces, un vecino nos dijo que quizá llegaría un camión con verduras a la tienda de la esquina, y mi amiga y yo nos ofrecimos a ir a hacer cola. Éramos unas cuarenta personas esperando cuando se detuvo un pequeño Volkswagen (llamado entonces «Sedan») con dos soldados alemanes dentro. Uno de ellos salió con una ametralladora y empezó a disparar contra toda la gente que hacía cola. Nosotras éramos las últimas, pero cuando llegó nuestro turno, ya no quedaban balas...

Es difícil describir lo que sentí en ese momento: asombrada por estar vivas y, al mismo tiempo, consternada por la devastación que nos rodeaba. Corrimos al apartamento para buscar al amigo de mi padre, que era médico. Él actuó con rapidez para llamar a los servicios de emergencia y asegurarse de que todos los heridos fueran trasladados al hospital. Después de eso, mi odio hacia los alemanes no tenía límites.

Al día siguiente, la radio anunció la llegada de las fuerzas aliadas a París. Todos fuimos al Arco del Triunfo: miles de personas abarrotaban las avenidas y la plaza; la gente estaba casi delirante de alegría al ver a todos esos británicos, estadounidenses, canadienses y australianos, y franceses libres, desfilando ante nosotros. De repente, desde el tejado, se dispararon balas contra la multitud. Una milicia francesa subió rápidamente para encontrar a los francotiradores, seis soldados alemanes, que pensé que serían capturados. Me equivoqué: todos fueron asesinados allí mismo, delante de nosotros, y sus cuerpos fueron arrojados a un camión. Me quedé estupefacta. Por supuesto que en aquel momento no me gustaban los alemanes, pero sentí que aquella no era forma de tratar a los prisioneros y, quién sabe, quizá aquellos hombres solo estaban obedeciendo órdenes. Fue un momento de gran alegría para todos nosotros, pero también de mucho miedo. ¿Qué futuro le esperaba a mi generación con tanto odio a nuestro alrededor?

En los meses siguientes, dos amigos, uno de la universidad y otra líder de las niñas exploradoras, me hablaron de su participación en una organización llamada RM (Rearme Moral, hoy rebautizada como Iniciativas de Cambio, o IdeC). Sus familias fueron pioneras y el objetivo era llevar la reconciliación a los países europeos devastados por la guerra, especialmente a Francia y Alemania, para que descubrieran una unidad y una paz duraderas. Mientras hablaban, sentí una chispa en mi corazón y la palabra reconciliación resonó con fuerza en mi mente. En ese momento supe en lo más profundo de mi ser que mi vida debía estar dedicada a llevar esa reconciliación y confianza a una Europa y un mundo muy divididos. Pronto descubriría que para que esa visión se convirtiera en una realidad vibrante, tendría que empezar por mi propia vida y mi familia.

### ***La Historia de la Familia***

Mi padre era un industrial noruego que vivía en Francia. Tenía dos familias: una legal, que vivía en Francia en otra ciudad, y otra fuera del matrimonio, que vivía en París. De esta segunda unión nacieron tres hijos: mis dos hermanos y yo, que nunca vivimos con él y nunca llevamos su apellido. Solía visitarnos una vez al mes y mi madre se iba con él «por negocios». Nos decían que era un amigo de la familia. Solo mucho más tarde nos dimos cuenta de que era nuestro padre, pero nunca se dijo una palabra al respecto.

En aquellos días, hace 88 años, nacer ilegítimo era un verdadero estigma. Era muy importante ocultar algo así, sobre todo si procedías de una buena familia de clase media, lo que significó que, cuando nací, me llevaron a una nourrice (una combinación de nodriza y niñera) durante tres años, y regresé al hogar de mi abuela y mi madre como una niña adoptada. Más tarde, cuando pude entenderlo, me dijeron que mis padres habían muerto en un accidente de coche y que me habían dado en adopción. A mi hermano le pasó algo similar: le dijeron que sus padres eran misioneros en China y no podían hacerse cargo de él. Con mi hermana fue diferente. Nació lejos de París y, al cabo de un tiempo, la trajeron del hospital a casa en un bolso de la compras. Todas esas mentiras hicieron que mi vida fuera muy complicada, muy insegura, y yo siempre me preguntaba: «¿A dónde pertenezco?».

Tenía ocho años cuando descubrí la verdad sobre mi familia. Cuando algo no va bien a tu alrededor, empiezas a sospechar. Mi abuela tenía un bolso. Siempre lo llevaba consigo y, si nos acercábamos a ella, lo mantenía cerca. Un día decidí mirar dentro del bolso. En él descubrí las partidas de nacimiento que confirmaban que todos éramos hijos biológicos de mi madre. Nadie nos había dicho nada, ni mi padre, ni mi madre, ni mi abuela, y nunca nos atrevimos a preguntar nada. En los certificados ponía «padre desconocido». Me sentí herida y avergonzada.

Todo esto hizo que me volviera muy rebelde y difícil de convivir. Empecé a robar dinero a mi madre, a mi profesora de piano e incluso en una tienda. Al ver que esto continuaba, mi madre decidió ingresarme por dos años en un estricto convento católico llamado La Sagesse, para ver si allí podían hacer algo por mí. Por desgracia, salí prácticamente igual.

Volví a casa a los trece años y empecé a estudiar para prepararme para mi primera comunión en la Iglesia Presbiteriana, pero seguía luchando continuamente contra la injusticia de la vida. Unas semanas antes de la confirmación, iba caminando por las calles de París y me dije a mí misma:

«¡No voy a confirmarme, ya que la sociedad no me ha dado nada!».

Mientras seguía caminando, escuché una voz en lo más profundo de mi corazón que decía: «No necesitas un padre físico. Yo soy tu Padre y tú eres mi hija amada. Cuidaré de ti durante el resto de tu vida si vives como yo quiero».

Fue increíble. No se lo conté a nadie, pero al día siguiente, al despertarme, pensé: «Si Dios me quiere tanto, dejaré de robar dinero». Y así lo hice, de un día para otro. La fe había nacido en mí.

Tenía quince años. Al final decidí confirmarme y, tras terminar la secundaria, fui a estudiar medicina a la Universidad de París.

### ***Una Lección en Silencio***

Me gustaría volver a las dos jóvenes que conocí, cuyas familias estaban comprometidas en el trabajo de reconciliación con el RM. Inmediatamente interesada en lo que hacían, les pregunté más al respecto y una de ellas me invitó a su casa para hablar. Les pregunté:

«Yo tengo fe, voy a la iglesia y rezo regularmente. ¿Qué es lo que ustedes tienen y yo no?». Me dijeron que habían encontrado una dimensión adicional a su fe. Habían comenzado a dedicar tiempo al silencio para profundizar en sus vidas, obteniendo sabiduría divina, inspiración, orientación e incluso corrección. También me enseñaron la importancia de mirar mi propia vida a la luz de principios como la honestidad absoluta, la pureza, el perdón y el amor, que son piedras angulares de cualquier fe. Cuando una de ellas me preguntó si me gustaría participar en uno de esos momentos de silencio, acepté con bastante reticencia.

Era el momento de la verdad. Me di cuenta de que mentía constantemente para ocultar mi situación familiar. Pensé: «Te han hecho daño, pero tú también has hecho daño a los demás. Te aferras al rencor. Sé sincera con tu madre y agradécele que te haya criado».

Mi primera reacción fue: «¡Imposible!». Aunque me llevó un año, finalmente lo hice. Experimenté una gran sensación de liberación; fue un gran paso en mi camino de fe. Mi madre estaba trabajando en el extranjero en aquella época y nunca respondió a mi carta, pero casi diez años después, cuando hablamos de todo aquello, me dijo que había significado mucho para ella.

Me di cuenta de que mi fe tenía que ser práctica y vivida cada día. Después de dos años más en la facultad de medicina, sentí la llamada a dedicar toda mi vida al trabajo de la reconciliación y a las aventuras de la fe a través del trabajo del RM. Pasé un tiempo aprendiendo mucho sobre esta nueva forma de vida y, al cabo de dos años y medio, sentí que debía servir en América Latina. En el verano de 1953, varios brasileños de todos los sectores de la

vida viajaron a una conferencia en el pueblo de Caux, en Suiza, que era el centro internacional del RM. Quedaron cautivados por lo que escucharon y finalmente decidieron invitar a diez personas para que les ayudaran a difundir esas ideas en Brasil y en el continente latinoamericano. Yo fui una de las personas invitadas.

Mientras estaba en Brasil, me encontré viviendo junto a jóvenes que habían tenido problemas familiares similares a los míos. Al hablar con ellos, me di cuenta de que, en el fondo, seguía sintiéndome víctima de las decisiones de mis padres. Fue un shock darme cuenta de que aún guardaba tanto rencor. Así que le di un ultimátum a Dios: «Dame una respuesta completa a ese rencor o dejaré de trabajar para ti».

La respuesta llegó al día siguiente, durante un momento de reflexión:

«Si sigues amargada y herida, es porque culpas a los demás y no aceptas ninguna responsabilidad».

«¡Yo no pedí venir al mundo!», argumenté. Pero con mucho cuidado, sentí que Dios me llevaba de vuelta a cuando tenía ocho años y descubrí la verdad sobre mi situación familiar. Me mostró cómo, en aquel momento, siendo tan joven, había cerrado mi corazón, había elegido el rencor y había llevado ese rencor conmigo durante quince años. Esa elección había sido mía, no la habían hecho mi padre ni mi madre, la había hecho yo. Sentí que Dios me decía que eso le preocupaba tanto como las circunstancias de mi nacimiento.

Aunque era difícil de aceptar, sabía que era verdad. La amargura se fue y nunca volvió. Comprendí que no se puede ser víctima toda la vida, que hay que decidir ser responsable de las decisiones que se toman y seguir adelante. Fue entonces, en mi corazón, cuando supe que pertenecía a la familia del Creador.

### ***Viajando por el Continente del Corazón***

Ahora vuelvo a los brasileños que invitaron a diez de nosotros a Brasil. Tres meses después, cuatro de nosotros —yo y tres jóvenes— estábamos en un barco muy viejo llamado Cabo de Hornos, rumbo a Santos y Río de Janeiro. Tardamos diecisiete días en llegar, pero cuando llegamos, valió la pena. Uno de los brasileños que asistió a la conferencia había sido un importante industrial, Luis Villares, y su esposa Leonor. De regreso en Brasil, nos dijo: «Los pulmones de un país son el sustento de ese país. Si no funcionan, el

país se ahoga y no crece, y eso es lo que le está pasando hoy a Brasil. Los puertos están controlados por hombres violentos, sindicatos rivales, se cometen delitos a diario y las compañías navieras han dejado de atracar allí. Esto ha provocado un colapso catastrófico en Brasil. Las huelgas constantes están destrozando los puertos».

A través de personas como Luis y otros, nos presentaron a algunos de los líderes del puerto. Nosotras (las jóvenes) fuimos a visitar a sus familias a un gran conjunto (complejo de viviendas) donde vivían. Nos recibieron con mucho cariño y pronto nos hicimos amigas. Al cabo de un tiempo, pensamos que podríamos invitar a algunos de esos hombres (unos veinticinco) a pasar la noche en un pequeño apartamento que habíamos conseguido. Eran de sindicatos rivales, muy duros. Algunos eran analfabetos, otros tenían más estudios, pero se podría decir que aquella noche probablemente había más revólveres que personas.

Tras una acalorada conversación, en la que cada uno culpaba a los demás, uno de los jóvenes europeos preguntó:

«Dios creó el mundo, ¿no es cierto?».

Los hombres asintieron con la cabeza.

«Si es así, debe haber tenido un plan para el mundo».

Volvieron a asentir.

«¿Cómo pueden saberlo?».

Se encogieron de hombros: «No lo sabemos».

El joven les habló de cómo, a través de un momento de silencio, se reciben pensamientos con el poder de desbloquear conflictos. «Si nos tomamos un tiempo de silencio, nuestra conciencia puede poner un pensamiento en nuestro corazón».

Entonces se sugirió que se tomaran un tiempo de silencio. Al cabo de un rato, Damasio, el más duro de todos y vicepresidente del sindicato ilegal, nos contó con vacilación lo que le había venido a la mente en ese silencio:

«Damasio, vende tus dos revólveres. Con un cuchillo es suficiente». Sin embargo, al día siguiente, Damasio vendió esos dos revólveres y, dieciocho meses después, cuando la gente vio que iba en serio, la mayoría de las armas desaparecieron del puerto. Más tarde, esos dos grupos, con sus esposas y personas de otros ámbitos, fueron invitados por los estibadores de Santos a

pasar un fin de semana para escuchar las experiencias de los demás, y durante ese tiempo se produjo una reconciliación profunda y conmovedora. Los dos grupos de los puertos de Río regresaron a casa unidos.

Las mujeres visitamos a algunas de las familias dos o tres veces por semana y profundizamos nuestra amistad con ellas. Ellas pudieron abrirnos sus corazones y también experimentaron un profundo cambio; junto con sus maridos, adquirieron una nueva visión para su país y cómo hacerla realidad. La corrupción y la delincuencia disminuyeron considerablemente. Algunos de los hombres se casaron con las madres de sus hijos. Muchos de los estibadores volvieron a la fe de su infancia. Mucho más tarde, los estibadores pudieron llevar a cabo una campaña electoral limpia y la mayoría de los elegidos fueron hombres que habían estado expuestos a las ideas de Iniciativas de Cambio.

Durante veinticinco años, el puerto de Río no tuvo ninguna huelga. El titular del principal periódico de Río era «LOS ESTIBADORES DE RÍO NOS ESTÁN DANDO A TODOS UNA VERDADERA LECCIÓN DE DEMOCRACIA». Se hizo una película sobre su historia, titulada *Men of Brazil / Hombres de Brasil*, en la que muchos de los estibadores interpretaban su propio papel. Juntos viajaron a otras comunidades, llevando sus experiencias y compartiéndolas con quienes más necesitaban escucharlas, y a veces incluso tuvimos el privilegio de acompañarlos. Viajaron a sudamérica, Uruguay, Colombia, Perú, Centroamérica, Italia, India, Canadá y Estados Unidos. También decidieron abordar otro gran problema de Brasil: las favelas. En aquellos días, casi un millón de personas vivían en Río en esos barrios marginales, en las peores condiciones que se puedan imaginar.

Un amigo, un industrial que había descubierto su fe en una conferencia de IdeC, permitió a los estibadores reunirse con dos o tres líderes de los grandes barrios marginales de Río en una sala de su casa. Los estibadores les hablaron de su cambio personal y de cómo este había traído consigo muchas nuevas condiciones sociales en el puerto. Los líderes de los barrios marginales se mostraron interesados. Luego se quedaron en silencio y uno de los líderes de las favelas dijo: «Creo que debemos ir a ver al gobernador del estado. Tenemos que hacerle ver que las favelas de Río no son un millón de problemas, sino dos millones de manos que pueden ponerse a trabajar».

Los líderes de las favelas siguieron su convicción y, sorprendentemente, el gobernador respaldó plenamente su iniciativa. Lo primero que hicieron fue invitar a los estibadores, al industrial y a algunos de nosotros a visitar cerca

de doscientas cincuenta favelas de Río todos, los viernes, durante varios meses. Mostraron su película, Hombres de Brasil, y contaron sus historias de cambio. Allí hicimos muchas amistades que durarían toda la vida. Caminar por esas favelas era como encontrar un pedacito de cielo en la tierra.

Después de un par de años, con la ayuda del ministro de Vivienda, casi medio millón de habitantes de las favelas fueron realojados en casas o apartamentos decentes en los suburbios de Río. En la inauguración de una de las Villas (como se llamaban), un líder de una gran favela dijo: «Hoy estoy muy contento de que estas personas tengan ahora un hogar; tienen una dirección, pero más que eso, se les ha devuelto su dignidad».

También organizamos una gran conferencia internacional, a la que se invitó a varios líderes marxistas del norte de Brasil (una zona muy pobre y abandonada). Jarbas Leiros era uno de ellos. Era un marxista sincero, pero en esa conferencia encontró una idea totalmente nueva por la que vivir. Su primera decisión fue pedir perdón a su padre por el odio que le había profesado. Nos invitó a mi marido y a mí a volver al norte con él. Vivía en una casa muy pobre y solo podía permitir una comida al día para su familia. Fue a ver a su padre y volvió completamente cambiado. Esa noche, hablando en las favelas, dijo: «Materialmente, no tengo nada que dar a mis hijos, pero he encontrado esto: un tesoro que puedo darles y que tendrán toda la vida».

Para mí, fue un momento mágico que alimentó mi alma.

Fui a América Latina inicialmente por dos años y me quedé cuarenta. Fue una época de mucho aprendizaje, pero también de grandes aventuras, ¡una de las cuales fue casarme con mi marido inglés, Laurie Vogel! Él era doctor en metalurgia y trabajó como ingeniero durante ocho años. Después de conocer una rama de IdeC en Birmingham, decidió intentar aplicar algunas de sus ideas a su trabajo allí. Con el tiempo, estas ideas se volvieron tan importantes para él que sintió la necesidad de dedicarles todo su tiempo. Laurie fue también uno de los diez invitados a Brasil. Al cabo de cuatro años nos enamoramos, nos casamos en Brasil y seguimos viviendo juntos la vocación que habíamos elegido independientemente años antes. Fue una gran unión. Mi marido aprendió a ser médico del alma. Y juntos aprendimos que los cambios significativos en las sociedades nacen cuando se produce un cambio profundo en un individuo y surge una vocación para la vida.

### ***Buenas Voces, Malas Voces***

Más tarde, Laurie y yo tuvimos la suerte de pasar más de cuatro años en Australia, Nueva Zelanda y Papúa Nueva Guinea. En Australia viajamos con treinta jóvenes que, tras terminar la escuela secundaria, querían aprender más sobre las ideas de IdeC antes de ir a la universidad. Querían que Australia, poblada en aquel momento principalmente por blancos, aceptara formar parte del Pacífico y Asia, y abriera generosamente sus puertas a cualquier persona de Asia que quisiera venir. También sentían un profundo respeto por los aborígenes, que habían sido tan maltratados. Habían escrito una obra de teatro, un musical titulado *Wake Up Matilda / Despierta Matilda*, que esperaban que supusiera un reto moral y espiritual para quienes la vieran. Contaba una historia que mostraba el valor que estos jóvenes daban a su país y la visión que tenían de su futuro. Recorrimos toda Australia para reunirnos con personas de todas las edades en escuelas, iglesias y empresas, y lo mismo hicimos en Nueva Zelanda, donde trabajamos con los maoríes (el pueblo indígena) y los pakehas (los neozelandeses blancos).

En aquellos años recibimos sin duda mucho más de lo que dimos. En aquella época Papúa Nueva Guinea era conocida por el canibalismo. Nos invitó a ir allí la nieta de un jefe caníbal, Alice Wedega, una mujer formidable que se había hecho cristiana. Había aprendido a poner su fe en práctica, y quería dar a su pueblo lo que había descubierto: el secreto del silencio y cómo podía conducir a cambios asombrosos. Así que nos llevó a la parte del país de donde ella era originaria. Nos reunimos con una docena de miembros de su tribu y, de manera sencilla, les dijo que, como seres humanos, teníamos dos voces que hablaban a nuestro corazón, la buena y la mala. Les dijo que debíamos guardar silencio para saber a cuál obedecer. Después de estar en silencio durante un rato, un joven se levantó y dijo:

«¡La voz buena me ha dicho que debemos acabar con el canibalismo en nuestra tierra y que debo romper mi lanza!». Y así lo hizo allí mismo. Fue algo impresionante. No se ve a menudo una escena así, y es un momento que nunca podré olvidar.

### ***Un Descubrimiento Inesperado***

He escrito sobre estos episodios en los que he estado involucrada porque quiero que los jóvenes que, como yo, provienen de familias disfuncionales y, a veces, pueden sentirse excluidos o con muy poca autoestima, sepan que

cada uno de nosotros, sin importar nuestro color —negros, blancos, morenos o amarillos, ilegítimos o legítimos, pobres o ricos—, somos necesarios y podemos desempeñar un papel real en esta enorme tarea de hacer del mundo un lugar mejor. Entonces nos damos cuenta de que todos pertenecemos a esta humanidad diversa, creada por una sabiduría divina, que está en lo más profundo del corazón de cada uno de nosotros.

Un día, mientras ayudaba a un amigo a mudarse de casa, me topé con un pequeño libro sobre un hombre llamado Roald Dahl. Me intrigó, porque sabía que ese era el apellido que yo debería haber tenido si las circunstancias hubieran sido diferentes. Al seguir leyendo, descubrí que era un famoso autor de cuentos infantiles y que su padre había nacido en Sarpsborg, Noruega, donde, casualmente, sabía que había nacido mi padre. Bueno, pensé, aquí hay una historia que tengo que desentrañar. Le pedí a uno de mis sobrinos que buscara en internet información sobre la familia Dahl, ¡y lo consiguió! Descubrí que había ramas de la familia en Gran Bretaña, Noruega y Francia. Entre toda esta información, vi claramente el nombre de mi padre: era el hermano del padre de Roald Dahl. De repente, había descubierto la familia a la que pertenecía, aunque me encontraba en esa familia por la *main gauche* (por la mano izquierda), como se dice en Francia.

Mi sobrino consiguió contactar por Skype con uno de los parientes franceses, quien, cuando le preguntó por el árbol genealógico, respondió: «Te he dado todos los descendientes de los Dahl; no hay nadie más». Cuando se lo conté a mi hermana y a su marido, no pudimos evitar sonreír. No sabían todos los secretos de la familia. Decidimos escribir a la familia Dahl en Francia, sin pedir nada, simplemente para hacerles saber que había otros descendientes y quiénes eran. Mi hermana escribió una carta muy bonita, pero nadie respondió durante un tiempo. Entonces, un joven, un bisnieto de mi padre, llamó a mi hermana un día y le dijo que había visto la carta y que quería conocernos. Mi primer encuentro con él fue en Francia: yo estaba en París, así que le llamé por teléfono. Quedamos para almorzar juntos, ¡y qué alegría fueron esas dos horas! Me contó muchas cosas de mi padre que yo no sabía. Hemos seguido en contacto y él y su madre nos han invitado a visitarles a la finca familiar en Vendée.

De vuelta en Inglaterra, descubrí naturalmente más cosas sobre Roald Dahl y algunas de sus fascinantes historias. También leí sobre su esposa Felicity. Pensé en visitar el museo de *Great Missenden*, lo que me llevó a preguntarme si debía escribir a Felicity para sugerirle una visita. No fue fácil decidirlo, pero una mañana sentí claramente que debía hacerlo. Recibí una cálida

invitación para visitarla. Me alojé cerca, invitada por unos buenos amigos, y juntos fuimos a la casa «Gipsy», donde se encontraba la famosa cabaña en la que Dahl escribió muchos de sus libros. Fue un encuentro verdaderamente memorable, ¡y qué gran amiga se convirtió!

¿Qué puedo decir después de todo esto? Solo que en mi vida ha habido un hilo conductor, un hilo de plata, que me ha guiado a través del laberinto, sostenido por una mano poderosa desde algún lugar superior que se preocupa profundamente por todos nosotros.